

ALFREDO MOLANO (1944-2019) Y LA SOCIOLOGÍA COMO CRÓNICA DE LOS CONFLICTOS Y LAS VIOLENCIAS

In memoriam

RAFAEL RUBIANO MUÑOZ*

* Sociólogo y Magíster en Ciencia Política, Universidad de Antioquia. Doctor en Ciencias Sociales, Flacso-Argentina. Profesor Titular. Universidad de Antioquia

El 31 de octubre del 2019 murió en Bogotá el sociólogo Alfredo de la Cruz Molano Bravo, quien fue uno de los investigadores sociales más audaces del país en una época en que las violencias cruzadas azotaron los campos y las ciudades en nuestro territorio. El presente escrito rinde homenaje a la obra y vida del connotado intelectual colombiano y busca de modo muy sintético valorar sus contribuciones a los estudios sociales. Además, el escrito pretende dejar una cierta huella para que las próximas generaciones de lectores y de estudiantes universitarios se enteren, lean y se apropien del legado de sus antecesores.

Homenaje y rememoración son las piezas claves para avivar o renovar una tradición científica, por ello, es adecuado acudir a Walter Benjamín, quien en sus ya

muy conocidas *Tesis sobre la filosofía de la historia* apreció que: “Existe una cita secreta entre las generaciones que fueron y la nuestra. Y como a cada generación que vivió antes que nosotros, nos ha sido dada una flaca fuerza mesiánica sobre la que el pasado exige derechos. No se debe despachar esta exigencia a la ligera. Algo sabe de ello el materialismo histórico”¹.

Sea esta la ocasión, y por medio de este corto escrito, el propósito es mantener viva la memoria de quien fue uno de los sociólogos, quizás uno de los más heterodoxos y atípicos de nuestro país, es decir, atípico porque fue alguien quien rompió con las fronteras disciplinares de la ciencia social y con su obra constituyó de modo alternativo una nueva metodología de la investigación social en el sentido de conjugar con talento la visión teórica de los conflictos y las violencias con la reflexión de algunas de las coyunturas políticas más complejas de nuestra nación al finalizar el siglo veinte.

Y aunque su obra se produjo en una larga coyuntura de transición entre las décadas últimas del siglo pasado y las del siglo veintiuno, ella (si se lee hoy) es imprescindible en ese diálogo del pasado y el presente para comprender las disyuntivas del país frente al futuro. Pero para suturar esos tiempos es necesario que se pueda establecer una comunicación generacional, imprescindible para que nuestros científicos sociales no sean sólo sepultados en cuerpo y alma, o literalmente enterrados en sus opiniones y pensamiento.

Una vez más, como lo aseguró el pensador alemán Walter Benjamín, y con su nota sobre la historia, que guarda una similitud con Karl Marx al inicio de su texto *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*: “La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”².

De modo que, con base en las citas de Benjamín y de Marx, la valoración de un intelectual, en este caso, de un sociólogo como Molano, no ha de ser una ocasión circunstancial, y menos que las palabras

¹ Walter Benjamín. “Sobre el concepto de historia”. En: *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. Santiago de Chile: Lom. 2014. p. 40.

² Karl Marx. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Alianza, 2015.

aquí plasmadas, se constituyan en una oportunidad de simple elogio o de admiración fatua, sino, por el contrario, en este relato el propósito es convenir que en esa cita secreta de cada generación, de la que habla Benjamín, ha de revitalizar el conocimiento y el saber que, por deber moral y responsabilidad ética, tenemos no sólo los universitarios, sino, igualmente todos aquellos que se han comprometido con aprender y aplicar el saber social. Dicho de otro modo, la *llama ardiente* del conocimiento a lo largo de la historia de la humanidad, pasa de generación en generación, cuando ella se pueda enriquecer mediante la calidad que se le otorga a la cultura oral y escrita.

No obstante, lo anterior, en nuestros medios académicos (algunos) lamentablemente, esa cita secreta o esa *llama ardiente* del conocimiento no se cumple, o se extingue, por algunas modas o por recurrencias científicas o intelectuales que se divulgan de modo acrítico y, ante todo, por una ceguera inexplicable aparentemente de la irresponsabilidad con el saber y el hacer científico. No es circunstancial que la enseñanza y aprendizaje de los conocimientos, especialmente los sociales o aquellos que han venido extinguiendo los humanos, se imponen mediante una variedad de prejuicios, en razón primordialmente por una incomprensible *colonialidad cultural* que aún existe, en la que pesa más lo foráneo y lo extranjero, sin darle cabida, a lo propio y al sabor local, de quienes han producido conocimiento desde nuestros propios espacios y territorios.

Y a la *colonialidad cultural*, que se debe en mayor medida, al desinterés por nuestros pensadores y creadores, es innegable que, en el contexto de la globalización, se privilegian por razones editoriales y por demandas de peso económico, fundados en prejuicios mentales, otras culturas científicas e intelectuales, que son consideradas e interpretadas de mayor calidad, específicamente las foráneas. El desprecio por una ciencia propiamente nacional en nuestro país se ahonda con la fascinación que algunos académicos sienten por autores, campos o áreas de estudio e investigación, profundamente alejados de nuestras realidades, sin recabar que justamente en la posibilidad de las mediaciones, no de los extremos, está la luz del hacer científico.

Encajonados en visiones apologéticas provenientes del siglo diecinueve, todavía se legitima el discurso –en no pocos lugares en que se imparte la ciencia social–, según el cual, se cree, que unos países o unas culturas son la fuente nutricia de las ciencias sociales, amparados en interpretaciones que se basan en la noción de superioridad o de mayor calidad sobre el saber y el conocimiento, con un racismo intelectual y fundamentalista en la que se exige por lo demás, que las culturas científicas e intelectuales denominadas “subdesarrolladas” deben de modo servil y con una obediencia ciega, recibir el acervo intelectual y cultural que esos dichos países producen.

Basta señalar que Molano, en una de sus obras emblemáticas y clásicas, *Los años del tropel*, en el prólogo a la segunda edición, narró la circunstancia de sus estudios en Francia y nos legó un testimonio que constituye un valor e igualmente es una manifestación de su altura personal e intelectual. En esa parte introductoria confesó que luego de redactar con un impulso vital e insobornable, presentó su escrito para su tesis de grado y estas fueron las circunstancias:

“Una vez terminado el trabajo en las zonas, comencé a tratar de escribir el informe final. Había mil temas y mil matices, había personajes maravillosos que se resistían a ser enclaustrados en el texto ‘científico’ y aséptico de un informe. Había mujeres a las que se les sentía el aliento y hombres que sudaban, y caballos. Daba vueltas alrededor del compromiso y del material que tenía en mis manos sin saber por cuál decidirme. Estaba paralizado. Los términos de referencia corrían y los personajes se negaban a entrar en ellos. Una tarde me llamó Alejandro Reyes: se bombardeaba la región de El Pato, en el Huila, y los campesinos marchaban para denunciar los atropellos del Ejército. Me interesó la situación y nos fuimos a verla. La gente había llegado y estaba concentrada en el estadio de Neiva. Hablamos con ella [Sofía Espinosa, informante, R. R.]. Hablamos mucho con ella. Sin embargo, yo estaba descontento porque sabía que al final no sabría cómo manejar esas grabaciones”³.

³ Alfredo Molano. *Los años del tropel*. Bogotá: Áncora. 2006, pp. 10-11.

Y con ese desparpajo de quien se enfrentó a la escritura de la realidad social, sin ambages y sin presunciones de erudito, con la riqueza de la experiencia del errante por todo el territorio del país, para quien el hacer y la producción científica no es solamente la abstracción, sino la ruda mediación de las vivencias, propias y ajenas, encontró el camino de su palabra luego de la entrevista realizada en Neiva con Sofía:

“De golpe, el milagro se produjo: encontré la voz, el tono, el color, el lenguaje, en una anciana llena de fuerza. Me topé con ella en medio del gentío a la entrada de los baños del estadio. Cuidaba a sus nietos. Me habló con una intensidad, con una certeza de su razón y con un dolor que todavía tengo presentes. Era Sofía Espinosa, en cuya cabeza aparece el relato ‘Los bombardeos de El Pato’. Toda la experiencia, toda la historia, todas las denuncias de los demás entrevistados se condensaron con su mirada [...] Pero el hecho de que hubiera encontrado el camino no equivalía a que ese, mi hallazgo, fuera recibido con los brazos abiertos por la academia, por la burocracia, por el lector de informes. A mis relatos les faltaba algo: que no se dijera nada. Redacté, tomado todavía del espíritu de Sofía Espinosa, mi tesis de grado para la École Practique de París. El profesor me respondió que le gustaba mi estilo literario, pero que tenía serias dudas sobre el carácter científico de la obra. La tesis trataba de ser una historia de la colonización del Ariari, tejida por medio de dos relatos y orquestadas en el análisis lógico. Las dudas del profesor eran justas. Los relatos iban por un lado y la sociología por otro. Desde ese día decidí no volver a correr detrás de ella. Ni del grado”⁴.

Y añade que Sabato decía que uno no escoge los personajes, sino que los personajes lo escogen a uno. Los rasgos de coherencia, de honestidad y de integridad personal e intelectual no se constituyen en la vocación sociológica fácilmente, se requiere afrontar y poder superar muchas adversidades. En la confesión de Molano sobre su diáspora entre sus relatos y la sociología se puede atisbar que no hay una pérdida de valor

⁴ *Ibid.* p. 11.

científico, todo lo contrario, la capacidad de sinceridad insobornable de quien no solamente luchó, sino que, igualmente, logró mantener la verdad y la legitimidad de la realidad social, lo ubican como un auténtico cientista e investigador social, porque enriqueció con sus entrevistas y sus relatos convertidas en obras impresas, su proyecto de vida, su errancia intelectual en las bases necesarias y fundamentales de una sociología de los conflictos y de las violencias de nuestro territorio.

Ahora, pese a la inusitada e ilimitada bibliografía sobre las violencias y los conflictos del país, y pese a la muerte del hombre, sus ideas yacen y perviven mediante sus diversas manifestaciones, escritos, exposiciones, imágenes y, ante todo, obras impresas. La obra de Molano no morirá, por una sencilla razón, porque como creador e innovador, como uno de los primeros entre quienes pudo observar de cerca y de lejos las catástrofes de nuestra nación, que son tragedias humanas, su existencia intelectual se ha constituido como una piedra angular de nuestra historia y de una historia de la sociología en nuestra tierra. Valga señalar entonces que, así como es imposible, al menos quien lo haga con responsabilidad y ética, escribir, pensar, analizar e investigar sobre nuestras violencias, sin haber leído esos primeros trabajos fundacionales, por ejemplo, el ya clásico de *La Violencia en Colombia*⁵, de Germán Guzmán Campos (sacerdote), Orlando Flas Borda (sociólogo) y Eduardo Umaña Luna (abogado y sociólogo), los muchos libros de Molano son fuente nutricia y lectura ineludible para comprender el país y el continente latinoamericano.

¿Cómo es posible una sociología propia de nuestro entorno, una ciencia nacional? El interrogante, y la pregunta no es anodina, por el contrario tiene toda la validez transcurridos ya más de cincuenta años de su institucionalización en el país, pese, sin judicializar, a que han aparecido muchas otras profesiones como la ciencia política que, aunque ha ganado terreno en la universidad privada y pública, muchos de sus gestores tienen como profesión principal la sociología, ella (la ciencia social

⁵ Germán Guzmán Campos, Orlando Flas Borda, Eduardo Umaña Luna. *La violencia en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1962.

par excellence) regirá en nuestro medios por la mano y la mente de insig-
nes personajes como Alfredo Molano. ¿Quién que haga una historia de
nuestras ciencias sociales podrá prescindir de Molano, Fals Borda, Ca-
milo Torres, Camacho Guisao y muchos otros de una lista interminable?

Pero con profunda tristeza es menester indicar que, no obstante
lo anterior, esa sociología clásica ha ido desapareciendo poco a poco de
las aulas, no por su falta de riqueza, sino por ignorancias y desconoci-
mientos (las hay variadas) de muchos quienes no sólo las desechan, sino
que les son inútiles frente a las modas y los exhibicionismos sociológi-
cos que, como aplanadoras, inundan los espacios universitarios de hoy.
El latinoamericanista uruguayo Ángel Rama, esposo de la gran crítica
Marta Traba, ambos ligados a la invaluable Revista *Mito* de Jorge Gaitán
Durán, afirmó que, los pensadores latinoamericanos son responsables de
que se los ignorasen en sus propias tierras, ellos no eran culpables, lo era
la ignorancia. Sea indudablemente esta la oportunidad para asentar que,
sin tradiciones y lecturas de los clásicos, no hay ciencia social, y sin lec-
turas de las tradiciones en las aulas de nuestras universidades hoy no hay
renovación, crecimiento, desarrollo e innovación científica.

Pero la anterior actitud de desconocimiento y de desprecio en el
siglo veintiuno no es gratuito, fortuito y menos premeditado. A lo lar-
go del siglo diecinueve y, en esencial, en el siglo veinte, las nociones de
centro y periferia, de desarrollo y subdesarrollo, enfocado a la universi-
dad, a las ciencias sociales y al intelecto, han sido reevaluados, a partir y
mediante una tradición de la cual hace parte Molano y que lleva el sello
de nombres como los de Francisco Miranda, Andrés Bello, José Martí,
Manuel González Prada, Santiago Pérez Triana, Baldomero Sanín Cano
y, en el siglo pasado, se extiende con la existencia, obra y pensamiento de
Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Sergio Bagú, José Luis Romero,
Rafael Gutiérrez Girardot, por mencionar algunos.

Así que, los aportes y las contribuciones de Molano a la socio-
logía, pensada y aplicada para un entono como el nuestro, despierta la
curiosidad de los amantes de las ciencias sociales y aviva la tradición
latinoamericana que no derivó en los extremismos de las polarizaciones

o de las insolubles dicotomías, sino, por el contrario, estableció mediaciones que se pueden matizar con un diálogo efectivo y enriquecedor de Europa a América Latina, de Colombia y el mundo. Sus investigaciones sociológicas encuadran muy bien en el campo de una historia intelectual, ya que su creatividad se perfiló por medio de un conocimiento en la que la sociología se puede comprender como una variedad incuestionable de crónicas (relatos y narraciones) de los conflictos y de las violencias en nuestro país, de la cual no está exenta la mayoría de la población del planeta hasta el día de hoy.

Recordemos que, en el intercambio epistolar entre el mexicano Alfonso Reyes y Baldomero Sanín Cano, ambos luchadores y soldados de un pensamiento propio y latinoamericano, sin odios o reticencias a Europa, determinaron que: “La única manera de ser provechosamente nacional es ser generosamente universal”⁶. Este diálogo y comunicación efectiva de lo propio con lo ajeno, de lo extraño con lo familiar constituyó una de las tareas primordiales de la sociología de los conflictos y de la violencia de Molano. Despojados, desarraigados, desplazados, desterrados y otros sujetos sociales, los de abajo, no los de arriba, las masas, las multitudes y el pueblo, no necesariamente las élites, constituyen el acervo de la ciencia social pensada y practicada por Molano. En un país en que la ciencia es una herramienta y un arma para legitimar el poder de las clases dominantes, la lectura de Molano alivia, reconforta, ilustra y es humana en la esperanza, en la utopía.

Cualquier lector que nade en la sociología de los conflictos y de las violencias de Molano, no advertirá, sino que hallará y podrá hurgar que, por sus cientos de páginas, pasan los sujetos invisibles, los terriblemente invisibilizados, los horrorosamente en nuestro país, despreciados, los sujetos de a pie, de la calle, de los campos y quienes en sus hombros han tenido que soportar las catástrofes de nuestro país. La sociología de Molano constituye una variedad de cuadros que se arman en un mosaico

⁶ Carta de Sanín Cano a Alfonso Reyes. En: Caicedo Palacios, Adolfo. *Alfonso Reyes y los intelectuales colombianos: diálogo epistolar*. Siglo del Hombre editores-Universidad de los Andes, 2009, p. 107.

de relatos, panoramas, pinturas y pinceladas que no obliga a olvidar a los millones de personas que, en el mundo de hoy, en medio de la globalización, experimentan en los rincones de la tierra esas mismas vivencias narradas por nuestro célebre personaje. Pero la sociología no es solamente ciencia fría y calculada, es pasión y amor a los objetos de estudio, la sociología es vocación, no una simple elección. Pero el camino de la vocación no es un camino de rosas, es un camino espinoso que se trajina en la medida en que las dificultades y las adversidades se presentan. Nadie adquiere vocación de la profesión, sin tener conciencia de esa tensión de los factores externos e internos, que como murallas, como piedras afiladas o como diques, son obstáculos que se imponen ante nuestras elecciones intelectuales, como lo sentenció Karl Marx⁷ en un texto para obtener el título de Bachiller a los diecisiete años.

Por todo lo anterior, entonces, hay que afirmar lo que la sociología de Molano aporta a la sociología de hoy. En los años ochenta y noventa, un sociólogo, quien tejió linderos con el periodismo y el trabajo rural de campo, era visto con recelo y, entre algunos de los ortodoxos de la sociología marxista o funcionalista, era tenido en ocasiones como quien practica la profesión con ligereza y hasta se le calificaba de no hacer sociología por vulnerar los marcos rígidos de la teoría e incluso de la investigación empírica. Romper con el relato sociológico plagado de conceptos y categorías, con la metodología, las fuentes y los datos, era un sacrilegio. A los pesados y recargados constructos teóricos de la sociología, el trabajo vital y empírico de Molano parecería en ocasiones “charlatanería” y, en otros, fue calificada como una vil burla a las tradiciones científicas aclimatadas en el país desde los años cincuenta y sesenta.

Valga hacer notar que, en épocas anteriores, el llamado a pensar y practicar la ciencia al servicio de un entorno como el nuestro no fue una tarea insulsa y que, por el contrario, rindió sus frutos en reconocidos y emblemáticos científicos sociales, para quienes el saber o el conocimien-

⁷ Rubén Jaramillo Vélez. Karl Marx. *Escritos de juventud sobre el derecho*. Bogotá: Anthropos, 2014.

to no se deben aplicar a un contorno específico (grupo, etnia, territorio o espacio social) de manera autárquica, sino que, por el contrario, se debe trabajar en procura de establecer un diálogo universal que desvela lo propio con lo universal, lo singular personal con lo humano. Este diálogo de lo particular y lo universal, de la teoría y la praxis, de lo local y regional con lo continental y mundial, constituyó un talento invaluable de Molano y de unos pocos.

No ha de extrañar que, acaso, uno de los intelectuales más íntegros y completos, si se revisa su vida y obra, en el sentido de la coherencia de la teoría y la praxis, del pensamiento y de la acción, de los principios y convicciones con su vida, fue el alemán Karl Marx, y quien se haya familiarizado con sus biografías y con sus obras —así le incomode a muchos— notará cómo, para decirlo con Charles Wright Mills⁸, fue *par excellence*, el intelectual político, el científico independiente, a quien las mediaciones, comprendidas como la capacidad para pensar y actuar según unos valores como la verdad y la esperanza, la ilusión y cambio, constituyen, pese a las adversidades, los motores de la actividad científica.

Justamente es necesario recordar, y para no alargar más la valoración que desde esta perspectiva se rinde aquí a la sociología de Molano, que en los años treinta, en Alemania, la micro o macro sociología constituyó un modo de saber y de conocimiento social que se practicó, enriqueciendo las tradiciones y generaciones más destacadas en el siglo veinte, Georg Simmel, Walter Benjamín, Siegfried Kracauer, en la *Teoría Crítica*⁹, asimismo en Norteamérica, con la *Escuela de Chicago*¹⁰, Robert Ezra Park, Erving Goffmann, Paul Lazarsfeld, entre otros, constituyen algunos ejemplos a enarbolar. No se procura entonces bajo esta problematización, construir una apología de la obra y vida de Molano, senci-

⁸ Charles Wright Mills. "Sobre política". En: *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1961.

⁹ Martin Jay. *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*. Madrid: Taurus, 1986, y Stuart Jeffries. *Gran hotel abismo. Biografía coral de la Escuela de Frankfurt*. Madrid: Turner, 2018

¹⁰ Josep Picó e Inmaculada Serra. *La Escuela de Chicago de sociología*. Madrid: Siglo XXI, 2010.

llamente, señalar e incitar que, como muy pocos, afrontó con decencia los dilemas o las disyuntivas del hacer científico en nuestra sociedad, plagada de relativismos morales y éticos, o de utilitarismos y oportunismos circunstanciales.

Se rescata entonces esa capacidad que tuvo Molano de hacer, pensar y practicar la sociología, bajo una mirada de las mediaciones, en la que lo particular y lo universal no riñen, ni tampoco se confrontan lo micro y lo macro, la teoría y la praxis. En un mundo desbocado como el nuestro, donde domina lo claroscuro de la enseñanza y del aprendizaje de la sociología y de las ciencias sociales, es justicia apreciar el legado que nos dejó el insigne investigador social. Una sociología que se estudia y practica como crónica y que se centraba en apreciar los contornos, causas y consecuencias de los conflictos y de las violencias en el país; fue concebido como una sociología propia de *rara avis*.

Es dable recordar que, para poner un ejemplo, en los años veinte, el antioqueño Baldomero Sanín Cano, en un sinnúmero de artículos hizo un llamado a romper con la creencia que no se podía establecer un diálogo entre el periodismo y la literatura en términos sociológicos, recibió burlas y fue rechazado en los círculos y en los cenáculos dictatoriales intelectuales del país. En dicho relato, publicado inicialmente en *La Nación* de Buenos Aires y reproducido en el diario colombiano de *El Espectador*, aducía el antioqueño que, quien en su época hiciera de la novela periodismo, era considerado como un “diletante” y quien pretendiera convertir al periodismo de relato social, era tenido como un desquiciado. Agrega Sanín Cano, ¿cuántos de quienes fueron grandes pensadores no se dedicaron al periodismo? Y señaló que, ante un mundo complejo y entretenerado, el lenguaje y los relatos deben experimentar una metamorfosis que ayuden a hacer comprensible e inteligible las realidades.

Todavía hoy, en las facultades de ciencias sociales, y en particular, de sociología, se tiene como inválido y hasta inconcebible, hacer sociología del arte, la música, la literatura, el cine, la ropa, la comida, los adornos, en fin, esas otras sociologías son tenidas como a-científicas y, sobre todo, inútiles en el edificio científico universitario. A contravía, Molano

rompió con los inamovibles esquemas fronterizos de la sociología, ya que en los años noventa, cuando la sociología se dividía en un campo de fortalezas teóricas y en otro de especialidades que parecía simple curiosidad (política, rural, urbana y de la cultura), era una herejía, o se tenía por la *anti-sociología*, lo no sociológico propiamente dicho, hacer una sociología literaria o una sociología narrada con el lente de la crónica o el periodismo.

De ahí que, vista con el correr de los años, para los estudiantes de sociología, quienes ingresaron a la universidad pública en ese tiempo (y leyeron algunas de las obras de Molano, por ejemplo, *Los años del tropel*, *Siguiendo el corte*, *Trochas y fusiles*, *Selva adentro*, por mencionar las más representativas), y tuvieran el lente de la novedad y de la imaginación, constituían lecturas provechosas y enriquecedoras sin duda. Ver al país a través del lente de los conflictos y de las violencias, era tan inusitado como igualmente enriquecedor, pero no todos los profesores y estudiantes de esos años tenía los anteojos dispuestos para tal valoración, porque, pensar la sociología como una crónica de los conflictos y de la violencia, del trabajo de campo y de relatos que debían narrar las historias personales o colectivas de los sujetos sociales en la realidad tal cual se presentaban, era, se reitera, una profanación de lo que se creía constituía la esencia de la buena o auténtica sociología, y nada es más valioso en medio del conformismo científico que la profanación.

Tener la audacia, y al mismo tiempo, correr el riesgo de romper con las tradiciones, cuando ellas se conciben como cristalizaciones o como pétreos tótems que deben ser idolatrados o mantenidos fanáticamente por, paradójicamente, científicos que suponen hacer ciencia y que son literalmente creyentes no hacedores de ciencia (y se supone que ciencia implica nuevas formas de pensar y de crear), constituye uno entre muchos de los aportes que tras la muerte del apreciado sociólogo Molano, hay que rescatar, emular y, ante todo, seguir, porque en nuestras universidades y, en especial, en las ciencias sociales y humanas, la enseñanza y el aprendizaje se ha convertido en una rutina o en una consagración fofa y flácida de profesores o estudiantes que destructivamente, antes que

innovar, repiten, y antes que pensar libremente, memorizan (y en ocasiones con muy mala memoria).

El legado de Alfredo Molano es incuestionable y constituye un acervo dentro de lo que, siguiendo a Jeffrey Alexander, *La centralidad de los clásicos*¹¹, y parafraseándolo, se podría denominar como un clásico de la sociología colombiana y latinoamericana. La obra del sociólogo bogotano, enriquece, porque por un lado su modo de hacer sociología se hizo destruyendo idolatrías dentro de la misma sociología, y de otro lado, edificó uno de los valores más incuestionables de la ciencia social, quitarle el monopolio a la sociología hecha desde lo urbano; y de otro, se podría agregar que hizo una ruptura sociológica, la más difícil de sortear en quienes con solidez y con autenticidad hacen de verdad sociología, establecer un diálogo de lo micro y lo macro, de lo particular y lo universal, de lo real y cotidiano, con los conceptos y categorías propias de lo que es la sociología en cuanto un saber humano y universal, esto es, pensar los conflictos y de paso hacernos pensar el orden y el cambio, la transición y lo inconcluso, de la sociedad. Una ciencia cimentada en el conformismo y la estabilidad es ciencia a medias.

El desplazamiento de la sociología a los extremos nuevamente y hacia una concepción de flexibilidades o de fatuidades, en medio de una universidad de mercado, no cabe duda que nos hace pensar que la crisis de las ciencias y su amaño a ser sencillamente el refugio de profesores por accidente o por necesidad, no por convicciones y vocaciones, es más traumática y quién sabe si se pueda salir de esta crisis en la proximidad, o en la lejanía –aunque se podría leer Max Weber al respecto para tener horizontes a propósito de los cien años de el *político y el científico*– ya que se renuncia a las mediaciones y más aún, al diálogo necesario del debate público en comunidades científicas que se han convertido en pequeñas haciendas o reinos feudales, donde la vanidad o la soberbia de docentes quienes no comprenden ni quieren comprender, imponen a sus estudiantes la frustración de lecturas tan fracturadas, o mejor dicho, azarasas. Ser

¹¹ Anthony Giddens. *La teoría social hoy*. Madrid: Alianza, 1990.

docente va más allá del contrato o plan de trabajo firmado, la docencia está en un proyecto pedagógico de aula, porque para ser docente es ineludible proyectarse en el tiempo, quiere decir, ilustrarse mediante una auto-crítica, ilustrar la propia ilustración, pero esta exigencia anterior no pasa por muchas cabezas, y el docente se rinde a la ocasión o al oportunismo de las circunstancias o al imperio de las modas, ciego, sordo y mudo.

Pero sin duda, la obra de un sociólogo se torna una tradición (y es de lamentar) después de muerto su creador y su innovador, es lo que ha sucedido con muchos, por ejemplo, en el caso alemán de Georg Simmel¹², no pocas veces despreciado y vindicado por los reconocidos ejes centrales de la *Escuela de Frankfurt* (Kritische Theorie) o en este lado más de cerca con el sociólogo argentino exiliado y errante, Sergio Bagú¹³, quien tras su salida forzosa de su patria chica por la dictadura de Juan Domingo Perón, huyó hacia Chile y, por esas cosas del destino, justamente a los días de establecerse allí se produjo el golpe militar contra Salvador Allende de manos de Augusto Pinochet, en 1973, teniendo que huir de nuevo, hasta establecerse en México donde murió en el año 2002. Parecería que, para fortuna de estos pensadores sociales, Molano, Simmel, Bagú, el exilio o la muerte, constituyen las guirnalda colocadas en sus tumbas que sirven para el reconocimiento y su lectura en los rincones de la posteridad.

Asumir entonces el exilio como una forma de pensamiento, ya no sólo de la errancia por señalamiento, vindicación o persecución, constituye una contribución al pensar científico al que no fue ajeno Molano, porque su sociología hecha periodismo, no fue solamente el relato insulso o de ocasión como la nota periodística que se glorifica hoy en la prensa y los noticieros, sino que fue más allá, *una sociología de la vida cotidiana* del país en varias décadas –a la manera de la ejemplar sociología de la húngara Agnes Heller¹⁴ (recientemente también muerta)– que es esencial para comprender la historia de los conflictos y de las violencias, las

¹² Georg Simmel. *Sobre la aventura*. Epílogo Jürgen Habermas. Barcelona: Península, 2002

¹³ Sergio Bagú. *Un clásico de la teoría social latinoamericana*. México: UNAM, 2002.

¹⁴ Agnes Heller. *Sociología de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Paidós, 1980..

que han azolado el territorio en varias décadas. Inevitablemente, como se ha dicho, esa sociología como crónica, que entrelazó historias de vidas (subjetivas y colectivas), lo narrativo con lo empírico y la observación mediante una travesía de viajes y errancia, es un legado que ha desaparecido en nuestro país, por la sociología hecha oficio u oficial, enclaustrada en las aulas o en los escritorios de las murallas universitarias.

De igual manera, si se entiende exilio como aquella actitud de estar por fuera de los límites impuestos, de las obligaciones fronterizas o de las reglamentaciones discursivas administrativas, burocráticas o universitarias de los programas o de las normas académicas que se inoculan a través de los mal llamados planes de trabajo, hacer sociología al estilo de Molano parece una estridencia, ya que hoy la ciencia vale más en la pantalla digital y en la plataforma, en la virtualidad que en la realidad. ¿Qué son los planes de trabajo en la universidad?, y ¿qué va a hacer de la formación universitaria en medio de la pandemia, cantidad por calidad, vocación por elección? Son grilletes policiales del pensamiento, la reflexión y el análisis, incluso de la investigación. Todo el trabajo docente depende de la constancia digital de las novecientas horas semestre, entonces la sociología de Alfredo Molano es vigente en cuanto siempre buscó romper los muros o las cegueras de quienes se dicen son las autoridades o los autorizados de administrar o proveer la ciencia a una centena de expectantes que entran no solamente a la profesión de la sociología, sino igualmente a otras ciencias, como el trabajo social, la psicología, la historia o la ciencia política, específicamente.

De lo anterior, habría que decir que la sociología de Molano es una sociología para abrir la mente y no supeditarse esquemáticamente y rendirse ciegos a la sociología del tablero o del escritorio (que son válidas y enriquecen), pero se podría ir más allá combinando, mediando o dialogando con otras experiencias y realidades. Así que, quien piensa libremente o quien hace crítica a la realidad, de las instituciones, de las mentalidades o de la vida social debe experimentar ese trago (no siempre amargo, muchas veces es dulce) de sentirse exiliado, de estar ausente de lo ordinario, simple o repetitivo, de lo rutinario y saborear la

complejidad, lo inaccesible, a veces lo incomprensible, porque hasta aburrido o sórdido es, en la vanidad que corroee a los universitarios, que todo es comprensible porque se ha leído una fotocopia o se nombran autores que no se han leído, Durkheim, Marx, Weber, Pareto, Mitchels, Moore, Elías, entre muchos más.

Alfredo Molano, su sociología ha sido una contribución científica a desobedecer, siguiendo el escrito de Erich Fromm¹⁵, a destruir los esquemas teóricos oxidados, las metodologías envejecidas, las miradas de la realidad ya ensombrecidas por prejuicios o por dogmas. La mirada sociológica que exige practicar la ciencia desde otros linderos u otras concepciones es lo que queda como legado de la existencia científica de Molano, su renuencia a la institucionalización, a una vergonzosa institucionalidad que mata por agonía el librepensamiento y se tornan en el agua bendita que se irriga en las aulas, con sabios y sabidurías tan petrificadas en la enseñanza como escleróticas en las maneras de pensar y de investigar.

Es incuestionable decir que pocos han hecho de la sociología la horma del inconformismo y de la desobediencia (así lean los clásicos o las sociologías tradicionales o contemporáneas) porque para ejercer la ciencia sociológica en cualquier entorno, geografía o territorio, los sociólogos de profesión deben estar por fuera o al margen de las formas de poder, de todas las formas cristalizadas del poder, como fue el caso del intelectual y pensador antioqueño Baldomero Sanín Cano, quien hizo del periodismo, sociología, o dicho de otro modo, desde su periodismo hizo análisis político y sociológico, como consta de su producción de setenta años y al que hemos aludido arriba.

En últimas, el exilio de Molano, el modo en que él realizó el ejercicio de hacer sociología, se podría concebir como un autoexilio, que fue ejemplar, modesto y tendrá el impacto de nutrir las próximas generaciones de estudiantes (no se sabe si de profesores) entusiasmados, o deseosos de aprender de la sociología, porque, el exilio no solamente es físico,

¹⁵ Erich Fromm. *Sobre la desobediencia y otros ensayos*. Barcelona-Buenos Aires: Paidós, 1984.

también es de pensamiento, y está muy claro que para poder ejercer el poder de la conciencia, de la libertad o de la crítica es necesario exiliar el espíritu o, ante todo, ubicarse en conciencia por fuera de lo común y de lo corriente, como es constatable de *Castellio contra Calvino*¹⁶, en la famosa obra de Stefan Zweig, *Conciencia contra violencia*, o para citar a uno más cercano, José María Vargas Vila, léase, *Los césares de la decadencia*¹⁷, una historia política del país del despotismo y la dictadura de la Regeneración.

Superar la presión social y de la opinión que es dominante en una época, esos son, sin la menor duda, los atributos esenciales de la sociología, el otro espacio, el otro tiempo, el otro lugar, la otra sociología. Molano enseñó a la sociología hablar desde el exilio, a estar exiliada de los megáfonos del poder, distanciada de esa sociología de butacas o de escritorio, de la sociología que se practica desde las encuestas o desde las formas que (enriquecen o empobrecen) dependiendo de quienes las utilicen, la sociología cuántica o estrictamente numérica, su sociología es un emolumento a la sociología cualitativa, entre otras contribuciones y aportes.

En esta época de abulia, o atrabilis, como diría el extraordinario escritor literato y observador social, Tomás Carrasquilla, en esta época de vanidades y arrogancias fútiles de la academia y de los contornos universitarios, en esta época de egocentrismos y de doctores sin obra escrita de doctorado, pero con título, la obra escrita y la producción del sociólogo Alfredo Molano es un estimulante, un nutriente para repensar no solamente la sociología, sino igualmente la sociología urbana y rural, la sociología micro o macro, la mirada sociológica y la vida empírica o la realidad cotidiana, la sociología como herramienta comprensiva de la vida cotidiana.

En una época turbulenta que vio expirar el siglo veinte y se lanzó al nacimiento del siglo veintiuno, la sociología (concebida y practicada)

¹⁶ Stefan Zweig. *Castellio contra Calvino. Conciencia contra violencia*. Barcelona: Acantilado, 2001.

¹⁷ José María Vargas Vila. *Los césares de la decadencia*. Barcelona: Sopena, 1900.

del recientemente fallecido es necesaria y fundamental para el aprendizaje y para los maestros de sociología, porque como se ha dicho arriba, nos permitirá contemplar desde otra fuente y con otros ojos teóricos y metodológicos la historia de los conflictos y de las violencias de nuestra nación y otras latitudes si se tiene capacidad analítica comparativa. La micro-sociología de Molano será necesaria e imprescindible para las generaciones de profesores que acaecen en estas décadas del siglo veintiuno como docentes e investigadores, y será una veta para las nuevas generaciones de estudiantes y estudiosos que llegan a las mieles del saber y el pensamiento sociológico. Molano será un referente para una historia intelectual (de las ideas y del pensamiento) de los conflictos, las violencias, pero igual para concebir la paz, sin que desaparezca el conflicto o el disenso como problemas sociológicos esenciales. La sociología no es solamente urbana, hay otras sociologías, las otras sociologías son rurales y campesinas, como lo sabía Molano. *In memoriam*.

Bibliografía

- Benjamin, Walter. "Sobre el concepto de historia". En: *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. Santiago de Chile: Lom., 2014. p. 40.
- Bagú, Sergio. *Un clásico de la teoría social latinoamericana*. México: UNAM, 2002
- Caicedo Palacios, Adolfo. *Alfonso Reyes y los intelectuales colombianos: diálogo epistolar*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes, 2009. p. 107.
- Fromm, Erich. *Sobre la desobediencia y otros ensayos*. Barcelona-Buenos Aires: Paidós, 1984.
- Giddens, Anthony. *La teoría social hoy*. Madrid: Alianza, 1990.
- Guzmán Campos, Germán, Fals Borda, Orlando, Umaña Luna, Eduardo. *La violencia en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1962.
- Heller, Agnes. *Sociología de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Paidós, 1980.
- Jaramillo Vélez, Rubén. Karl Marx. *Escritos de juventud sobre el derecho*. Bogotá: Anthropos, 2014.

- Jay, Martin. *La imaginación dialéctica. Una historia de la Escuela de Frankfurt*. Madrid: Taurus, 1986
- Marx, Karl. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Alianza, 2015.
- Molano, Alfredo. *Los años del tropel*. Bogotá: Áncora, 2006. pp. 10-11.
- Picó, Josep y Serra, Inmaculada. *La Escuela de Chicago de sociología*. Madrid: Siglo XXI, 2010.
- Simmel, Georg. *Sobre la aventura*. Epílogo Jürgen Habermas. Barcelona: Península, 2002.
- Stuart, Jeffries. *Gran hotel abismo. Biografía coral de la Escuela de Frankfurt*. Madrid: Turner, 2018
- Vargas Vila, José María. *Los césares de la decadencia*. Barcelona: Sopena, 1900.
- Wright Mills, Charles. "Sobre política". En: *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1961.
- Zweig, Stefan. *Castellio contra Calvino. Conciencia contra violencia*. Barcelona: Acan-tilado, 2001.